

CRUZAS DEL OCCIDENTE HASTA LA AURORA (HOMENAJE A RENÉ ANDIOC)

MARÍA-DOLORES ALBIAC BLANCO

ESTE SEMINARIO, tan cuidadosamente pensado y preparado por el Dr. D. Gonzalo Borrás Gualis y el grupo de estudiosos y colaboradores que trabajan con él y que cuenta con el patrocinio de instituciones arraigadas en la vida cultural de nuestra tierra, debió haberlo inaugurado el Dr. René Andioc y así fue inicialmente anunciado. El hilo que unía al investigador nacido en Cervère con la vida se rompió el 14 de marzo de 2011 en Mirepoix-sur-Tarn, privándonos —por pocos meses— de la sabiduría de sus palabras, de la generosidad con que compartía datos, experiencia y opiniones, y dejándonos huérfanos de la sonriente cordialidad de su presencia. Ante la imposibilidad de contar con el Profesor René Andioc, el Director de las jornadas tomó la feliz decisión de dedicarlas a su memoria.

René Andioc recibe hoy el homenaje de los estudiosos porque fue un maestro excepcional. Perteneció a esa escuela de hispanistas franceses en la que el estudio de lo literario no se entiende sino en el marco interdisciplinar que pone en relación al autor, el tiempo y las plurales tradiciones en que se produce la obra. Los que tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo sabemos que René Andioc trabajaba y buscaba información en bibliotecas, en archivos, en tenderetes de lance, en librerías y hasta en los papeles rotos de las calles, que decía Cervantes; observaba el urbanismo, la traza de los edificios, analizaba el arte, el mundo de las ideas y el del pensamiento, y lo mismo estudiaba la evolución de la escritura de un autor que la composición del papel de un manuscrito o de una tinta. Trabajó siempre con rigor y pulcritud hasta hacerse con el último dato que pudiera guiarlo para entender cabalmente la literatura y el arte, a los que tan gozosos esfuerzos dedicó. Su gran erudición era, en realidad, el basamento que le aseguraba en su labor de analista y de intérprete porque René Andioc fue un gran historiador que sacaba conclusiones y que buscaba, siempre, aquella unidad de coherencia de la que hablaba Juan Pablo Forner.

René Andioc fue parte del hispanismo extranjero que Jean François Botrel llamó con agudeza el «hispanismo de sustitución»; lo conformaron un esforzado grupo de investigadores que se dedicó a estudiar etapas de la literatura y la historia de España que venían siendo condenadas por la mentalidad ultramontana y por los anatemas del —por otra parte— muy sabio Marcelino Menéndez Pelayo. El siglo XVIII español fue considerado por el erudito santanderino y por el nacionalcatolicismo franquista como uno de los siglos equivocados de nuestra historia. Consecuentemente, no se estudiaba y cuando se hacía era con falsilla.

Los hispanistas franceses empezaron a incorporar el estudio del XVIII gracias a la sabiduría de Raymond Foulché-Delbosc, de la mano de Jean Sarrailh —un combatiente de la Resistencia francesa, luego Director General de Enseñanza Universitaria en 1945— que propició los estudios con criterios marcadamente progresistas en el ámbito de la *civilisation*. Y el hecho de que su recordado libro, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIè siècle*, de 1954 (traducido al español por Antonio Alatorre en 1957), haya sido ampliamente superado, no debe empañar la importancia que su estudio tuvo para despertar las vocaciones de quienes formaron una generación de maestros como Albert Dérozier, Georges y Paula Demerson, Marcelin Defourneaux o Paul Guinard. Sus continuadores —René Andioc entre ellos— han contribuido a conocer con rigor y metodología propia la historia del teatro, la del libro, la de la religiosidad española, o entender mejor la crisis que recorrió el siglo y dio caracteres tan contradictorios como el de Forner, habitualmente mal entendido, frecuentemente no leído y peor tratado, y al que tan esclarecedores trabajos dedicó François Lopez, colega y amigo fraterno de René Andioc. Cuando los españoles nos incorporamos a esa rigurosa tarea de estudio con los colegas franceses, ingleses, alemanes, italianos... se inauguró, de nuevo en palabras de François Botrel, el «hispanismo de cooperación».

Para todos los dieciochistas René Andioc es ejemplo del trabajo bien hecho y para ilustrar mejor su voluntad de exactitud pondré un ejemplo revelador y, por demás, conocido: cuando estudió el epistolario de Leandro Fernández de Moratín observó ciertos cambios de letra y tinta que se intercalaban en la correspondencia que coquetamente guardaba para su publicación. René Andioc se percató de que, misteriosamente, había cartas tempranas escritas con la misma letra y tinta usada en escritos posteriores. Analizó la evolución de su letra (más grande cuando, con la edad, precisó gafas) y las mezclas que en cada periodo usaba para hacer la tinta y, con todo ello, llegó a la conclusión de que la vanidad de don Leandro había incluido cartas «falsas». No quedaba duda de que una porción de ellas fueron ideadas tardíamente, como demostraban

los cotejos de letra y tinta, pero las fechó con anterioridad, para hacerlas pasar por epístolas tempranas y anteriores a ciertos acontecimientos que parecen prever. Con este engaño quiso presentarse a la posteridad como un clarividente y perspicaz analista, capaz de anunciar las consecuencias de tal o cual situación española o europea, y como un intelectual osado y valiente. La presunción del dramaturgo por pasar a la historia como ese gran conocedor de los ritmos de la política y la estasiología, se vio truncada por el escrupuloso trabajo y la fecunda inteligencia del Profesor Andioc, su gran estudioso y, a la fecha, el mejor conocedor de su obra.

René Andioc valoraba hasta la última tilde; sus trabajos demuestran el compromiso que mantuvo el investigador con el rigor y el progreso. Porque lo cierto es que René Andioc fue un intelectual comprometido con la sociedad, la francesa, la española, la de cualquier rincón del globo. El suyo fue un compromiso militante y solidario, patente en la convicción con que combatió errores e injusticias, comprobable en la generosidad con que ayudó, con desprendimiento, a estudiantes, investigadores y colegas. Lo que investigaba y aprendía lo contaba y lo compartía con quien lo necesitara, aun antes de publicarlo. No le preocupó que aprovecharan científicamente sus hallazgos, pero sufrió un dolor intenso cuando le robaron las cartas autógrafas de don Leandro que guardaba como un tesoro. Le amargó no haber podido preservar un patrimonio español del que se consideraba depositario y así lo dejó escrito.

Era un hombre guapo, divertido, dicharachero y amante de las risas. El hispanista catalano-francés, de la Cerdaña, que gustaba el español más castizo, mejor pronunciado y empleado con más exactitud y chispa que se pueda imaginar. Nadie escribía cartas como él; las suyas desplegaban un estilo y un garbo capaz de dar envidia al mismísimo don Leandro.

René Andioc es una luz que nos regaló ese azar, a veces feliz, que rige el mundo; una suerte de sol para los planetas y pequeños meteoritos galácticos que, trabajosamente y con varia fortuna, nos movemos en la órbita del dieciochismo. En un año nos han dejado huérfanos de su magisterio François Lopez, Rinaldo Frolidi y René Andioc. Este nos ha regalado, para seguir con él, a Annie, su esposa, la amiga cálida y generosa de cuantos fuimos sus discípulos y amigos.

Como buen ilustrado René Andioc fue un buen materialista, sensible y sensualista, dialogador y tolerante, como le ordenó ser Locke; pero creo que alguna duda debía albergar acerca de la posibilidad de un retorno a este mundo, de cuya gran cadena fue eslabón de gozne, y por eso se ha dejado un deber por hacer, que él sabe que yo le tengo en cuenta: nos debe la edición, comentada,

.....

anotada y completa de *La derrota de los pedantes*. Apolo, el sol, la luz, cumplen su giro anual y luego vuelven. René vive ya en un permanente regreso, que se cumple cada vez que leemos sus libros, trabajamos en sus temas, lo citamos... Y es tal la cantidad y hondura de su rastro que, igual que nosotros, dialogarán con él nuestros hijos y los hijos de los hijos de nuestros hijos. *Terra sit levis*.